

Filosofar sobre la memoria histórica desde la propia tradición

MARIO MAGALLÓN ANAYA, *Filósofos y políticas de la filosofía de nuestra América en el tiempo*, México, Editorial Torres Asociados, 2017, 305 pp.

Dimensionar la especificidad de la filosofía en y desde lo humano, demasiado humano, situándola en sus redes socio-históricas para captar los lazos de poder y mutualismo que la constituyen es tarea de todo sujeto que, en su ejercicio filosofante, reflexione sobre el llamado acto de filosofar en su sentido praxis y, por eso mismo, como acto político situado en su realidad histórica. Ello implica dimensionar filosóficamente lo político del ser humano y destacar la dimensión política de la filosofía. Allí donde la pluralidad humana es condición de toda politicidad y donde la experiencia manifestada en ideas es condición de todo filosofar.

Tal es el objetivo que se propone realizar el filósofo Mario Magallón Anaya en su obra que hoy nos convoca: *Filósofos y políticas de la filosofía de nuestra América en el tiempo*. Obra elaborada con la perspicacia del historiador, la agudeza del filólogo y la densidad del filósofo desde un horizonte de complejidad interdisciplinaria. Su intención es dimensionar el tiempo del filosofar latinoamericano como un tiempo múltiple expresado en distintos espacios abiertos por la proyección humana hacia una utopía de democracia radical que logre superar las situaciones opresivas del capitalismo en su faz neoliberal y de dependencia imperialista por medio de una filosofía de la praxis que considere sus raíces no sólo gnoseológicas, epistémicas y ontológicas, sino también las sociales y, por eso mismo, políticas que la constituyen.

En efecto, dimensionar políticamente a la filosofía sólo es posible a partir de su análisis histórico, no sólo al modo de una mera “historia de la filosofía” (en sentido doctrinario), sino como una idea en su historicidad concreta. Se trata entonces de la filosofía planteada desde una historia de las ideas ejercida, en este caso, desde nuestra América. Tal es el enfoque teórico-metodológico y onto-epistémico de nuestro autor. Conviene detenerse un momento en su contenido para poder apreciar mejor la tarea y horizontes planteados en su obra *Filósofos y políticas de la filosofía desde nuestra América en el tiempo*.

Ante todo, cabe indicar que en esta obra, como en el resto de su trabajo, persisten al menos algunos elementos nodales íntimamente relacionados entre sí. Primeramente necesario es considerar que las ideas “son pensamientos que

poseen grados diversos de verdad” (Magallón, 2008: 190), por lo que constituyen conceptos históricamente conformados en condición de pluralidad colectiva humana y precisan de una dotación de sentido que capte y explique comprensivamente su validez y trascendencia como un producto social. Con lo cual expresa un pensamiento verdadero históricamente y efectivo políticamente siempre que explique la realidad, entendida como la condición fundamental de todo modo de ser, existir y vivir. Tal dotación de sentido es realizada por una filosofía de la historia americana. Por ello, la historia latinoamericana, como idea y en sus contenidos, es precisa para una cabal historia de las ideas.

De este modo, la dimensión sociológica del conocimiento configura las pautas sociohistóricas de las ideas y permiten ubicar el carácter objetivo y subjetivo de estas ideas. Así, la razón se ancla a la emoción, la conducta al inconsciente y todos estos a lo imaginario como polo opuesto a lo real y puente entre este y las ideas mismas. Por lo cual se precisa de la reflexión filosófica de la idea como una mentalidad humana históricamente configurada en la objetividad desde la subjetividad como campos posibilitantes de su comunicación colectiva.

Porque la *Razón* no es mera objetividad sino que en ella están implícitos la subjetividad, los sentimientos, la sensibilidad, las pasiones, lo simbólico, sin que por ello carezca de un sentido de verdad y de lógica. La combinación de ambos, objetividad-subjetividad en el ejercicio del pensar, hace posible la expresión de la razón y el pensamiento de un ser situado en el tiempo. (Magallón, 2017: 171)

Tal reflexión filosófica apela a su condición realizada en la historicidad, por la cual es atravesada de una filosofía de la historia como horizonte de posibilidad del filosofar, mismo que no puede expresarse sino interpretativamente. De ahí que “toda filosofía de la historia implica una antropología filosófica porque son el hombre y su historia los que se presentan como problema”. (Magallón, 1991: 131) Lo cual se asienta, desde una sociología del conocimiento, en la idea de que toda teoría de la historia se asienta en una antropología filosófica que dimensiona lo valioso del hombre en su dignidad, su razón, su intelecto y pensamiento como exclusivas eminentemente humanas. Por ello, toda historia es vista filosóficamente desde una historia de las ideas que debe ser entendida “en la dinámica total de las sociedades” pues las ideas, siendo “acciones que los hombres realizan” (Gaos), son su materia misma y producto de la experiencia humana.

De allí la necesaria resemantización de la historia de las ideas desde su posición materialista posibilitando un “salto epistemológico de la historia de las ideologías a la historia de las mentalidades”. (Magallón, 2008: 158) Salto que da el

filósofo michoacano y que pone sobre la mesa la necesaria consideración sobre dimensiones antropológicas tenidas como ahistóricas en tanto que se estructuran en tiempos distintos al histórico (como la memoria o el inconsciente, por ejemplo). Esto es crucial en su obra citada *Filósofos y políticas del filosofar de la filosofía desde nuestra América en el tiempo*.

Ello nos lleva a considerar que toda universalización es manifestación de una particularidad. De ahí que la historiografía deba descubrir la dinámica existente entre pasado y presente con horizonte proyectivo de las comunidades humanas, lo cual precisa de “recrear, interpretar e imaginar el haber sido” para configurar aquello que pueda ser en realidad tensionada utópicamente para un proyecto auténticamente humano que dimensione la imaginación proyectiva de lo social en cada momento histórico. (Magallón, 2008: 197) De ahí que si la historiografía relaciona el pasado desde el presente, la filosofía de la historia reflexiona el presente desde un pasado para un futuro abierto históricamente.

El filosofar tiene así cabida, siempre que se le considere tensionada por el conocimiento, el saber, las ciencias y las políticas, y atravesada por lo ideológico, la imaginación y lo subjetivo (el inconsciente, la vida y la memoria) en su historicidad concreta. Por ello, la filosofía latinoamericana, asumida como historia de las ideas, tienen un carácter no institucional y no precisamente profesional, un carácter en definitiva “nomadista” que se permea de la dinámica social en su tiempo subjetivo y tiempo histórico concretos y que buscan problematizarla para una plena convivencia humana en la comunalidad de la diversidad. (Magallón, 2008: 207)

Puede decirse que la ideología se constituye por creencias enunciativas y conceptuales, que pueden ser falsas o verdaderas, de razón y de pensamiento; una razón generalmente confundida por formas del pensamiento inconsciente colectivo e individual, vínculo entre la organización social y el pensamiento; de costumbres, políticas y cosmovisiones, modos de vida, de creencias, de ideas, de ideologías, de pensamientos, en una dialéctica procesual que transita desde la objetividad a la subjetividad en la unidad de la razón humana, donde se ha de buscar el justo medio como *frónesis*. [...] La creencia es un estado o disposición adquirida del sujeto internamente que induce a un conjunto coherente y sistematizado de respuestas determinadas por un objeto de conocimiento objetivo, aprehendido por la percepción, la memoria, el entendimiento, aunque no siempre esté presente en la conciencia. (Magallón, 2017: 141-142)

De modo que al hablar de las políticas de la filosofía es necesario considerarla como expresión de una “historiografía antropológica de las ideas” (Magallón,

2008: 195) en la forma de una historia de las mentalidades como su horizonte orientador, constituida de la historicidad de la dinámica social en que se inscribe (América Latina en este caso), interpretada desde una sociología del conocimiento y dotada de sentido y significación por una filosofía de la historia dimensionante de todo ámbito subjetivo de la historia asentada en sus expresiones vitales.

Tal es, en apretada síntesis, el marco de lectura que Magallón emplea en sus estudios contenidos en *Filósofos y políticas del filosofar de la filosofía desde nuestra América en el tiempo*. Obra que no desdeña sino que asume y realiza una lectura de parte de la tradición histórico cultural occidental que nos constituye como latinoamericanos para un cabal ejercicio de autognosis donde lo propio es resemantizado con la asunción abierta de lo ajeno en su dimensión antropológica, eminentemente humana. Todo ello en perspectiva histórica, de los griegos a nuestros modernos y contemporáneos, entendiéndolos como imprescindibles de nuestra tradición y nuestro pensar.

En tal sentido se plasma la reflexión del filósofo michoacano sobre la vigencia y actualidad de la *paideia* griega y el aporte de la sofística, <centrada en la pluralidad humana y la esfera del no-ser, como un pensamiento antropológico opuesto a todo determinismo totalitario, posición compartida por el pensamiento socrático y su filosofía moral que plantea “ese compromiso solidario con el otro, como un ser sí mismo para otro”.

De este modo, el antropocentrismo griego es regulado en la *paideia* como expresión del bien común en relación con la virtud como cualidad humana suprema que dimensiona lo político del ser humano: allí donde la comunidad es condicionada en la pluralidad humana existente en vivencialidad de la acción social y política para la confección de un verdadero político, un ciudadano ejemplar orientado por “la justicia [entendida como aquella que] es la fuerza unificadora de las *tres virtudes básicas del alma individual: sabiduría, valentía y temperancia*”.

Tal es el horizonte del bien común como expresión de justicia solidaria con el otro y sólo aquel filósofo que persigue el bien común es un filósofo comunitariamente sabio. De ahí la importancia de una ética del cuidado de sí que dimensiona la *dignidad humana* como universal y diversamente configurada en historicidad concreta. Por ello ha dicho Magallón que:

la *Humanidad es una*. Esta es la concepción metafísica fundante en la onticidad fenoménica del *ser siendo* en la historicidad. [...] La libertad es el constituyente esencial del ser humano, [...] es libertad de progresar en la línea del *ethos de la*

vida cotidiana y de la moralidad, en la que se busca el *bien común*, el *buen vivir* y el *convivir* en la *nosotridad comunitaria*; la cual constituye la verdadera fase y el verdadero sentido de la palabra libertad. [...]

La dignidad humana estriba, ante todo, en la libertad y solidaridad por el valor y el sentido ontológico y epistemológico de la fenomenicidad óntica que se concreta en la segunda naturaleza, en la formación de hábitos y del carácter de un sujeto social ética e históricamente situado comprometido y responsable de su tiempo, de su historicidad. (Magallón, 2017: 69, 72-73, 284, cursivas del autor)

Es de resaltar para Magallón el horizonte ético cristiano posicionado desde el *caritas* como ser siendo solidariamente con los otros, los *próximos*, *prójimos*. Lo cual denota que la dignidad humana es el fundamento y horizonte universalizable de toda ética histórico-culturalmente diversa. Fundamento metafísico en tanto situado en la realidad histórica configuradora de distintos modos de ser y existir. Tal es el caso ejemplar de Bartolomé de las Casas (1474-1566), personaje que en su visión tomista resemantiza el humanismo renacentista en vertiente de la Escuela de Salamanca, por lo cual se entiende como un humanismo del hombre “de carne y hueso” expresado en *De regia potestate*. Esta obra tiene, para Magallón, un valor interno que despliega sus reflexiones teológicas, filosóficas y jurídicas en el ideario democrático *iusnaturalista* como fundamento del buen vivir.

Tales posiciones se van a dimensionar en la ilustración, cuyo enfoque roussoniano posiciona una filosofía de la vida como crítica de la razón histórica ejercida en su mirada filosófica de la historia para denunciar la alienación del hombre y la naturaleza humana simbolizada en el “buen salvaje”. Sin embargo, Magallón es cauteloso y destaca la falta de “método y sistema” (Magallón, 2017: 99) en la reflexión roussoniana, lo que limita su propia dimensión práxica de lo filosofado. Por ello, preciso es mirar la propia tradición y examinar, en este caso, el pensamiento mexicano para dimensionar los alcances y modos de asumir la ilustración en nuestra América.

En este tenor destacan dos personajes: los jesuitas Francisco Javier Clavijero (1731-1787) y José Francisco Severo Maldonado (1775-1832). Filósofos icónicos de la modernidad ilustrada mexicana que, más allá de los cánones liberales, expresan cabalmente lo moderno del pensamiento jesuita y su restitución del pensamiento tradicional, a juicio de Magallón. Esta “proyección múltiple del mundo moderno” (Magallón, 2017: 114) se constituyó en la región con el signo del eclecticismo acompañado de un antiescolasticismo que llevó a fundar todo conocimiento en el argumento de razón. Eclecticismo que le permitió a Clavijero navegar con lo último del conocimiento científico y humanístico “sin

salirse de la filosofía aristotélica” (Magallón, 2017: 109) para ponerlo al servicio de la reflexión y defensa humanística de la patria frente a lo europeo. Por su parte, Maldonado fue un filósofo adelantado a su época, llegando inclusive a realizar planteamientos que “anticipan algunas ideas de la Reforma, e incluso, de la misma Revolución Mexicana” (Magallón, 2017: 126) tales como la renta y nacionalización de las propiedades privadas, la separación de la Iglesia y el Estado y la distribución equitativa de la propiedad de modo que se pueda ejercer plenamente un derecho público que resguarde el pacto social del bien común democrático.

En este punto es destacable su trabajo con fuentes documentales primarias, lo que denota su valor como historiador y afianza su talante filosófico al someterlas al escrutinio de la filosofía latinoamericana.

El afán nacionalista de la ilustración mexicana tuvo grandes visos en el pensamiento decimonónico y contemporáneo a partir de la necesaria tarea de confeccionar un proyecto de nación incluyente de la diversidad humana y dimensionar así un pacto social capaz de ser justo y equitativo desde el horizonte del bien común. Muestra de ello han sido pensadores como Abraham Castellanos (1871-1918), o los contemporáneos Leopoldo Zea (1912-2004), Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011), Jorge Turner (1922-2008), Arturo Roig (1922-2012), Luis Villoro (1922-2014) e Ignacio Ellacuría (1930-1989).

Es así como en Castellanos será el artífice de un proyecto de nación desde la educación como práctica de la libertad solidaria con el otro en comunidad plural de culturas. Allí donde las autonomías políticas cruzan las diversas culturas que transgreden y van más allá de los márgenes de una pretendida “cultura nacional” homologante de lo diverso.

Se plantea así la necesidad de una convivencialidad ética horizontal de la diversidad político-cultural para una nueva sociedad mexicana donde el bien común transite hacia una democracia radical desde una educación entendida como “*antropoética* educativa de reconocimientos mutuos y del respeto del otro como sujeto valioso”. (Magallón, 2017: 151) Una relación multicultural (al modo de Luis Villoro) que es utópica por ser “construcción imaginaria de la sociedad futura, que hunde sus raíces en el presente, porque se haya determinada por las condiciones reales del presente”. (Magallón, 2017: 163-164)

Tal concepción utópica, sin duda válida y urgente para nuestro tiempo, es preciso configurarla desde la historicidad concreta en reflexión filosofante. De allí la apertura que da Leopoldo Zea a la filosofía desde la historia como principio del filosofar. La filosofía zeísta es una crítica de la razón histórica, una filosofía

en la historia como historia de las ideas que se encarnan de la realidad a la que se refiere por medio del método analógico de la escolástica. Así, es menester dimensionar el horizonte histórico de sentido en el que nos encontramos para apreciar que “la filosofía surge cuando el horizonte mismo se presenta como extraño” (Magallón, 2017: 186) y dimensiona una crisis civilizatoria gestada en el seno del capitalismo neoliberal. Entra aquí una filosofía de la historia americana como diagnóstico de una realidad marcada por el autoritarismo dominante y la dependencia desigualitaria y la propuesta de un proyecto de liberación igualitario en la diversidad plural.

Es así que se hace preciso disputar el “derecho al propio discurso” por medio de la crítica de todo logocentrismo etnocida y egológico, para constituir un propio modelo del filosofar auténticamente latinoamericano, constituido en su tradición por sus sociedades diversas en dinámica procesual histórica. Porque el *logos*, como el ser aristotélico, es uno en tanto real y diverso en su historicidad concreta. Tal es la tarea y horizontes que abre la filosofía historicista de Leopoldo Zea.

Es preciso entonces plantear la recuperación del sujeto histórico para un proyecto de liberación integral. De ahí que, ante el embate de filosofías posmodernas alegres por los velorios del sujeto, se abren paso los olvidados (para evocar una expresión de Buñuel) como sujetos históricos que reclaman su lugar en la historia. Tal es la vigencia que presenta la filosofía del maestro Adolfo Sánchez Vázquez que vincula “el proceso de la teoría filosófica de la sociedad a la teoría social de la filosofía involucra una filosofía de la praxis, que plantea la posibilidad de diseñar nuevos horizontes de cambio y de transformación de la sociedad concebidos como ‘proyecto utópico’ posible”. (Magallón, 2017: 212)

Es así que la praxis se abre como aquel horizonte donde la conciencia direcciona la práctica humana en un horizonte teórico que oriente su reflexión no ya hacia la mera conservación interpretativa de la realidad sino *hacia su transformación* plena y fundada en una *antropoética* ético-política de solidaridad entre nosotros y con los otros. Por ello se abre el horizonte transc capitalista y se hace necesaria una resemantización crítica del socialismo y hasta del comunismo como proyectos convivenciales en el bien común. Aquellos proyectos que, en última instancia, están orientados por el horizonte de la integración latinoamericana en un contexto de globalización pretendidamente interdependiente, tal como lo recordara Jorge Turner.

Por ello puede decirse que la filosofía no es filosofar, aunque la supone y necesita para poder constituirse. Filosofar es así una actividad crítica que pone

en cuestión la totalidad de lo real desde su propia puesta en cuestión a partir de los elementos normativos que condicionan la posibilidad del filosofar mismo. Filosofar es pensar disruptivamente de forma crítica desde la autocrítica para una autognosis de lo propio desde nuestra concepción *subjetiva* (en neologismo roigiano) como parte de una *nosotridad* conflictiva que nos condiciona y constituye. De ahí la imprescindible configuración de un *a priori antropológico* que nos lleva a autovalorarnos como valiosos y como valiosos conocernos desde nuestra propia empírea concreta e histórica. “De este modo el discurso filosófico de [Arturo Andrés] Roig considera como eje rector de la liberación a la historicidad, ya que ésta hace posible descodificar el discurso del opresor”. (Mariátegui, 2017: 241)

Todo lo cual lleva a replantear las estructuras ideológicas constitutivas de todo proyecto en su dimensión ético-política. En tal sentido, preciso es reafirmar que toda filosofía, como todo pensamiento humano, “ha de mirarse desde la estructura social de poder, de dominio y de control ideológico-político” de una sociedad idealizada desde el deseo y la esperanza como anhelos que impulsan al humano a transgredir sus límites de la realidad cotidiana y compleja. De allí el necesario replanteamiento del Estado-nación reconfigurado desde la pluralidad de culturas, como se afirmó con Abraham Castellanos, gestadas a lo largo de siglos como el XIX, siglo del progreso y las ideologías políticas que se encontrarán y contrapondrán en el siglo XX para configurarse desde las crisis y los cambios del siglo XXI. Replanteamiento que conlleva repensar la implícita dimensión de la comunidad como ejercida desde el servicio con los otros y el cuidado de sí. Por ello, “la política ha de ser la de recuperar los valores de la comunidad, como democracia radical, fundada en nueva forma de Estado múltiple, plural y respetuoso, a través de la democracia directa de la diversidad interna comunitaria. [...] La realidad ética crítica y la política proyectada es un ordenamiento ideal de valores en el cual se cumpliría lo deseable para todos; es el reino del ideal utópico en la sociedad” (Magallón, 2017: 262 y 266). Lo cual supone y denota que *la comunidad es el horizonte de toda asociación y esta conlleva participación activa en convivencia ético-política con todos los miembros de la comunidad y aquellos extraños a la misma.*

En tal sentido, si la tarea pasa por la democratización de las instituciones políticas “donde el ser humano sea el centro” y se posibilite a través de “centros democráticos” nacionales e internacionales, crucial es considerar la dimensión antropológica de toda politicidad y toda historia. Por ello es que toda filosofía es intrínsecamente política y toda política, entendida en la esfera política, requie-

re de una filosofía que la sustente y dimensione críticamente. De allí que, para Magallón, toda “filosofía política está íntimamente desarrollada con la filosofía de la historia, la historia de las ideas, la antropología filosófica y la ética, ello implica la construcción de una eticidad en la dialéctica de la practicidad histórica”. (Magallón, 2017: 274)

Por eso es necesaria siempre una mirada filosófica a la realidad histórica, con la cual contribuyamos a analizar la realidad y a vivirla de modo abierto dinámico y procesualmente estructurada y biográficamente configurada por los sujetos de la historia como sujetos con dignidad humana. Tal es la función liberadora de la filosofía de Ignacio Ellacuría.

La tarea es siempre la ruptura y disrupción del filosofar en una realidad opresiva y dependiente de logocentrismos autoritarios. En este sentido, la filosofía de Mario Magallón que nos presenta en *Filósofos y políticas de la filosofía desde nuestra América en el tiempo* es expresión de un humanismo latinoamericano que bebe sus aguas de la tradición del pensamiento propio, como propio es lo americano y lo europeo. Un humanismo que se plantea la función liberadora de la filosofía a partir de su dimensionamiento historicista que permita configurar utopías posibles en la realidad e imprescindibles desde la imaginación y los anhelos subjetivos del ser humano.

Por ello, toda historia de las ideas supone una filosofía de la historia y una sociología del conocimiento que permitan dar cuenta de una historia como parte del existir humano en lucha por su libertad. “El mundo es una presencia dialógica permanente, que no logra disiparse ni desvanecerse en situaciones de mayor soledad o reclusión existencial, de violencia brutal. El carácter distintivo de la existencia histórica es la expresividad. La vida humana es expresión, es diálogo. Por ello, es excepcionalidad de la realidad histórica”. (Magallón, 2017: 292)

La tarea del humanismo latinoamericano, concretado desde el filosofar de Magallón, es hacer de este mundo nuestra morada y morar éticamente en compromiso responsable y solidario con el otro por un bien común, a través del diálogo colectivo que permita unirnos en la diferencia.

ORLANDO LIMA ROCHA
DOCTORANTE EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
DEL PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS DE LA UNAM.

BIBLIOGRAFÍA

MAGALLÓN ANAYA, MARIO (1991); *Dialéctica de la filosofía latinoamericana. Una filosofía en la historia*. México: UNAM.

—————, (2008); *José Gaos y el crepúsculo de la filosofía moderna*. México: CIALC-UNAM.

—————, (2017); *Filósofos y políticas de la filosofía desde nuestra América en el tiempo*. México: Torres y Asociados.